



Maestro: Luis ángel Galindo

Alumno: Ángel diego rodríguez

Materia: desarrollo humano

Actividad: ensayo

Grado y grupo: VI cuatrimestre "A"

Comitán de Domínguez Chiapas a 30 de julio de 2022

Introducción

La trascendencia es la armonía entre la vida interna y la vida exterior, es la creencia en la vida humana de que cada uno de nosotros vino de algún lugar, y está destinado a algún lugar específico, es también es la capacidad humana por la excelencia, es la aptitud que tiene el ser hombre de decidir sus acciones, de elegir la calidad de vida que desea y de esforzarse en llegar a sus metas. Es cambiar de punto de vista, ponerse en los zapatos del otro, buscar un sentido general a la realidad y llegar a que la vida tenga sentido para él.

Realmente en la sociedad en que nos encontramos es consumista, se le da más importancia a tener algo material, algo tangible, algo como el dinero, poder tener riquezas, sin tener importancia de conocerse a sí mismo. “Mucha gente no sabe la razón fundamental de su vida. Vive por vivir. Vive por lo que le dicen que tiene que vivir. Esa gente vive ausente de sí misma y así también mueren... Son de los muertos que no hacen ruidos” (Marín, G.). Creo que hay personas que por momentos nos encontramos desubicados, no sabemos que es lo que deseamos, no de nuestro contexto, si no de nosotros mismos. “Se puede vivir la vida, sin nunca estar despiertos”. Creo que hemos dejado pasar momentos agradables de nuestras vidas, por estar preocupándonos por cosas tan insignificantes, como el querer ser otra persona, pensamos que somos diferentes, que los pensamientos que tenemos, son lo que somos, cuando en ocasiones, los pensamientos nos engañan, porque nos pueden causar un sentimiento diferente a lo que realmente sentimos por nosotros. Simplemente hay que quitar todas esas cosas negativas, y comenzar a aceptarnos tal cual somos, de no ser así podemos llegar al fracaso, a no poder ver lo hermoso de nuestro yo interno. Se trata de eliminar todo lo malo que está adentro de nuestra cabeza. En ocasiones podemos llegar a tener la mente en blanco, por accidentes, cosas que pasan que no deja que pienses en algo claramente, eso nos puede llegar a pasar cuando estamos enojados por alguna circunstancia, lo que mejor que podemos hacer es ver hacia dentro y saber controlar toda esa energía de forma positiva.

Esto nos lleva a que el conocimiento debe de ser de uno mismo, de sus características individuales, lo que puede resaltar de cada uno, de su lugar en el mundo, como forma parte de su entorno, con sus roles de vida, conocer la realidad actual y del mundo como tal, no querer aferrarse a una realidad que no existe, es todo aquello en que nos encontramos y lo que tenemos. Haciendo algo con aquellas cosas; para encontrar una utilidad, vivir es por esto, trascenderse, cada uno podemos venir de algún lugar, llegar para algo especial y dejar algo bueno en otras personas o en el universo. “En la vida cotidiana tenemos un innumerables números de tareas que tenemos que cumplir, que son los medios que nos permiten lograr los fines. Estas tareas se deben cumplir puntual y eficazmente.” (Marín, G). Todos tenemos en la conciencia la posibilidad de crear nuestro estado interior, de formar un equilibrio, de modificarlo y de entenderlo. Esta capacidad única nos permite ir más allá de los paradigmas de nuestra cultura o nuestras limitaciones e historia personal.

Desarrollo

El humanismo trascendente

Lo que distingue esencialmente al hombre de los demás seres materiales es que, a diferencia de éstos, únicamente aquél no sólo es entre las cosas, sino que es dueño del ser propio y ajeno por el conocimiento: sabe que es y que son las cosas, y es dueño también de su propio ser y de las cosas por su libertad: capaz de transformarlas o perfeccionarlas para lograr nuevos seres. En otros términos, lo que coloca al hombre en un plano específicamente diverso del mundo circundante es que él es el ser, que además de ser y existir, en quien se de-vela el ser propio y el ser que él no es el objectum o ser trascendente y que posee el poder de acrecentar su ser y el de las cosas de acuerdo a los fines o valores que elige y se propone realizar. En tal sentido el hombre no sólo es, sino capaz de hacerse. Por la inteligencia y la conciencia y por la libertad, está abierto y ordenado al ser y en presencia del mismo, más aún su ser tiene sentido y se constituye tal por el espíritu que le confiere esta abertura y recepción en su inmanencia del ser trascendente (derisi N).*

Es preciso reconocer que una de las finalidades del ser humano es llegar a descubrir su propia humanidad, para conformar su acción a la de su propia naturaleza, una naturaleza a la vez inmanente y trascendente, por su doble condición material y espiritual. (Ortega y Gasset) describe al ser humano magistralmente, como “un centauro ontológico, mitad de él sumido en la materia, mitad de él tendiendo hacia lo alto”.

El humanismo marxista

El marxismo ha dado aportes importantes a la sociedad, sea en lo teórico o en la praxis. Gramsci describió el marxismo como una visión del mundo, por ello veía el materialismo histórico no solo como una simple interpretación histórica, sino como una concepción del mundo en su totalidad. Exigía un marxismo alejado de todo positivismo, con una visión antropológica en la cual el factor central no es lo económico, sino ubicar al ser humano. Gramsci vio con claridad que el marxismo es la acción de un humanismo en la historia; así, la historia se hace dialéctica. Gramsci fue un intelectual sólido que planteó sus inquietudes desde el campo educativo, organiza la escuela única de cultura general, humanística, que permita la capacidad de trabajar en forma manual y también en el desarrollo del trabajo intelectual.

“Alguien ha dicho con mucha propiedad que el humanismo es todo un proceso espiritual, intelectual e histórico que va indivisiblemente ligado a una época, a un pueblo, cuya contribución se ha hecho con letras o con sangre a fin de que el hombre sea más hombre y su vida más digna y más humana. Es indiscutible que el humanismo ha logrado en tal sentido desde la época antigua hasta el momento presente– liberar al hombre en gran medida de su animalidad tosca, para dotarlo de elementos espirituales con los cuales pueda sentirse orgulloso de su condición”

Las propuestas de Marx y el marxismo se convirtieron en un poderoso instrumento intelectual y cultural de transformación social, económica y política, una corriente de pensamiento que movió las bases de la sociedad capitalista. Motivó, también, el pensamiento pedagógico de Marx y el marxismo. La temática pedagógica se encuentra en las obras de Marx, que permiten la reconstrucción en el campo de la teoría y la praxis educativa, la educación entendida como educación social, tesis central de su pensamiento.

“el hombre no es solamente un ser natural; es también un ser natural humano, o sea un ser que es para sí mismo y luego un ser que pertenece a una especie; como tal él debe realizarse y confirmarse tanto en su ser como en su saber. Por ello los objetos humanos no son los objetos naturales como se presentan en modo inmediato”

(Espiga, 2019).

Humanismo sin transcendencia

Las promesas humanistas de la Modernidad no se cumplieron: la emancipación progresiva de la razón y de la libertad, la emancipación progresiva del trabajo a partir de la revolución industrial, la del enriquecimiento de toda la humanidad a través del progreso de la tecnociencia capitalista, la promesa de redención de las criaturas por medio de la conversión de las almas a través del relato crístico del amor mártir, de la caridad y la solidaridad, –dicho sea de paso, estas promesas secularizadas equivalen a los ideales ilustrados de libertad, igualdad y fraternidad–, la promesa de la reducción de la brecha entre desarrollo científico técnico y progreso moral y humano, etcétera; ninguna de esas promesas se cumplió y no solo eso sino que los problemas que pretendían resolver se agudizaron por completo. Más aun, la dirección que tomó la sociedad moderna en su evolución fue la del fracaso, decadencia, muerte de las ideologías, muerte de Dios y muerte del hombre, muerte del humanismo. Increíblemente lo que se podría advertir como un horizonte de optimismo y

confianza desembocó en desolación y desesperanza, perplejidad y desencanto, apatía e indiferencia. Esto fue vaticinado por Friedrich Nietzsche en sus escritos póstumos:

Lo que relato es la historia de los próximos dos siglos. Describo lo que viene, lo que ya no puede venir de otra manera: el advenimiento del nihilismo. Tal historia ya puede ser relatada hoy, porque la necesidad misma está actuando aquí. Tal futuro ya habla a través de un centenar de signos, tal destino se anuncia por todas partes; para esa música del futuro ya están afinados todos los oídos. Toda nuestra cultura se mueve desde hace ya largo tiempo como hacia una catástrofe: inquieta, violenta, precipitada.

El siglo XX contribuyó, como ninguna otra época, a hacer patente el agotamiento del proyecto humanista y moderno. Por un lado, las críticas y, por otro, la imposibilidad de triunfar sobre los excesos de la Modernidad en el capitalismo tardío, llevaron a concebir un quiebre de esta época. De dicho quiebre se consideró responsable a la filosofía del sujeto y de la conciencia, características de la Modernidad, cuyas consecuencias se pueden medir hasta Auschwitz y más allá. A partir de la evidente crisis y agotamiento de este proyecto emancipador, comenzó a plantearse la idea de una época antihumanista o post humanista, a la que haremos referencia líneas abajo.

El hombre, la idea de hombre, ha funcionado en el siglo XIX, un poco como había funcionado la idea de Dios en los siglos precedentes. Se había creído, y se creía aún en el siglo pasado, que al hombre le sería insoportable la idea de que Dios no existía («Si Dios no existiera, todo estaría perdido», se repetía), es decir, que espantaba la idea de una humanidad funcionando sin Dios, y por ello surgió el convencimiento de que convenía mantener la idea de Dios para que la humanidad continuara funcionando. Ahora usted me dice: quizás sea necesario que la idea de humanidad exista, aunque solamente sea un mito, para que la humanidad funcione. Quizás sí y quizás no. Igual que sucedió con la idea de Dios.

(Rivas García, 2019).

Consecuencias del humanismo transcendente

La vida humana tiene su razón de ser en una creación que debe continuarse en todo momento y en todos los seres humanos desde su concepción y más allá de la vida material, y que responde al primigenio impulso creador de su espíritu. Esto explica que el ser humano tenga la formidable misión de recrear en sí mismo la obra de su propia creación, para hacerla extensiva a los demás seres humanos. En suma, es preciso reconocer que una de

las finalidades del ser humano es llegar a descubrir su propia humanidad, para conformar su acción a la de su propia naturaleza, una naturaleza a la vez inmanente y trascendente, por su doble condición material y espiritual. Ortega y Gasset describe al ser humano magistralmente, como “un centauro ontológico, mitad de él sumido en la materia, mitad de él tendiendo hacia lo alto”. De hecho, los antiguos paganos reconocían la necesidad de una identificación vivencial con lo trascendente, con que le da sentido a la existencia humana. Aún los no creyentes, que sienten la necesidad de realización únicamente en el ámbito material, no dejan de reconocer que su trascendencia en este mundo sólo puede concretarse mediante la impronta que deja su espíritu en su paso por la vida: producción intelectual, artística, herencia educativa, influencia en valores cívicos, morales, etc. Lo que generalmente no se pregunta es: ¿por qué si mi obra debe trascender a mi vida, mi espíritu no lo puede hacer?

La noción histórica de “humanismo” se ubica en el contexto de la cultura renacentista. Existen poderosas razones para pensar así, pero en el fondo es un error histórico y filosófico, porque el renacimiento se nutre del humanismo clásico greco romano, del cual el cristianismo había abrevado ya su imborrable impronta a través de los Padres de la Iglesia (siglos II al V d. C.), así todos ellos judíos helenizados o latinizados, que van de San Gregorio de Niza a San Agustín, de este a Santo Tomás de Aquino y el mismo Dante Alighieri (siglo XIII), cuya formidable obra de filosofía política humanista, es prácticamente desconocida.

En todo caso, al Renacimiento se le llama humanista por haber colocado al ser humano, con mayor énfasis, en el centro de la reflexión filosófica y de la creación artística. Ello corresponde, ciertamente, al proceso histórico de la separación entre la filosofía y la teología, y a la reflexión sobre el ser humano y el estudio acerca delo divino, proceso que había iniciado desde la Edad Media con la “teoría de las dos espadas.”

El humanismo renacentista, sin embargo, es un humanismo que no niega la trascendencia; ni siquiera lo hace su hijo el racionalismo cartesiano, quien pone a Dios en el lugar de la “no duda”, frente a todo lo demás que es sometido al ejercicio racional de la “duda metódica”. Aun así, la libertad y la inmortalidad del alma quedan dentro de las tesis que no pueden ponerse a discusión, Lo mismo sucede con Kant y con Hegel, siglos después.

(Tejamanil, 2022).

Conclusión

La trascendencia es, sin duda alguna, una de las problemáticas centrales del entorno de *Ser y Tiempo*, constituyéndose en uno de los conceptos claves de ese período. Como es conocido, Heidegger desarrolló la problemática del estar en el mundo en *Ser y Tiempo*, bajo la perspectiva del ente intramundano. En esta ocasión, Heidegger privilegia el abordaje del tema del mundo desde el prisma de la trascendencia, la que presenta una estrecha relación con el problema del ser. Dicho más precisamente quiere decir que *configura un mundo en la esencia de su ser*» (Heidegger, 2001: 136). Esta es, como espero mostrar, la característica decisiva de la noción de trascendencia en el pensamiento de Heidegger de este período. Antes de seguir profundizando en esta idea planteada en *De la esencia del fundamento* (1929), quisiera presentar el contexto en el que emerge dicha afirmación.

Es decir, el análisis del problema de la trascendencia se ha reducido, en el entendimiento vulgar, a cómo se relaciona el sujeto y el objeto. Según ello, no es posible entender un «sujeto» desligado de un «objeto» y viceversa. Lo que queremos puntualizar, entonces, es que el problema de la trascendencia no puede ser comprendido bajo la lógica porque éste no es un problema de la teoría del conocimiento, sino que de la ontología. Este problema de la trascendencia no se identifica con la relación de sujeto-objeto, sino que depende, de un modo más originario cuantitativa y cualitativamente, de manera inmediata del problema del ser en general (Heidegger, 2007: 159) en consecuencia, el problema del ser y el problema de la trascendencia tienen una estrecha relación.

Trascender habla sobre lo que el ser humano alcanza o lleva a cabo para evolucionar con uno mismo, de cierto modo tiene sus pros y contras dependiendo de qué manera se vea, pero podemos decir que desde tiempos antiguos el ser humano ha trascendido día con día.

Referencias bibliográficas

https://mayeuticaeducativa.idoneos.com/humanismo_trascendente/

<https://www.redalyc.org/journal/4678/467859738007/html/>

<https://www.redalyc.org/journal/3435/343565769008/html/>

<https://es.scribd.com/document/359165167/EI-Humanismo-Trascendente>